

gundo que hizo el mal administrador, fué recapacitar los medios de vivir de que podría disponer, y resolver la práctica del menos costoso, menos humillante y más fácil. Verdad es que en su resolución no atendió á lo que reclamaba la justicia, ni la caridad con el prójimo; sino que, anteponiendo su bien particular á todo lo demás, pasó por todos los respetos humanos y divinos, para salir con su pretensión de tener un medio para sostenerse. Y aunque en esto es merecedor de toda reprensión y castigo, no obstante, debes imitarle en la prudencia que muestra, haciendo tú por tu eterna salvación lo que Él hace por su vida temporal. Medita los caminos que has de seguir para llegar á la gloria, y escoge el más seguro; y si ya lo tienes trazado, síguele con firmeza, constancia y decisión, menospreciando los respetos humanos, las dificultades que puedan hallar la carne y el amor propio. ¡Oh Salvador mío! Vuestra gracia os pido para trabajar incessantemente y con fervor por la santificación de mi alma; haced que en mis obras tenga siempre á la vista la cuenta que me espera, y que no me aparte por todo el mundo del camino que me habéis señalado para lograr mi felicidad.

Epilogo y coloquios. ¡Cuán insensato es aquel hombre que, ocupado en sus goces y entretenimientos mundanos, se olvida de la cuenta que habrá de dar á Dios antes de lo que se figura! El Señor en su misericordia le había confiado sus tesoros; pero él, imitando al mayordomo del Evangelio, los ha estado disipando. Cuando menos piense, resonará en sus oídos aquella formidable voz: «Dame cuenta de tu mayordomía»; y entonces se verá en un triste y lamentable desengaño. ¿No le tememos nosotros? ¿No procuraremos desde hoy siquiera imitar la prudencia del mayordomo, precaviéndonos para lo por venir, detestando, no obstante, el modo injusto con que lo hace? ¿No trabajaremos para conquistarnos amigos en el cielo, que con sus oraciones nos negocien el subir á las eternas moradas? Ante nuestros ojos tenemos los medios más á propósito para nuestra salvación: ejercicios de mortificación, significados por el cavar; ejercicios de oración, representados en el mendigar; y obras de misericordia. ¿Cuál de estos caminos debemos escoger? ¿Cuál quisiéramos haber elegido en la hora de la muerte? Ahora que tenemos tiempo, obremos el bien; resolvámonos á ser fieles mayordomos; preparémonos para aquella temible cuenta que no hemos de poder evitar; pidamos, al efecto, las luces, gracias y socorros que nos son necesarios, y roguemos por todo lo demás que tenemos encomendado.

DOMINICA IX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Aproximándose Jesús á Jerusalén, lloró sobre esta ciudad, previendo los males que le habían de sobrevenir, y luego, entrando en el templo, arrojó de él á los profanadores.—(Luc., xix, 41-47.)

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús llorando al ver la ciudad de Jerusalén, y arrojando del templo á los que lo profanaban.

PRELUDIO 3.º Pide un celo de la gloria de Dios compasivo y ardiente.

Punto 1.º Acercándose Jesús á la ciudad de Jerusalén, luego que la divisó, comenzó á llorar sobre ella, diciendo: «¡Ah! ¡Si conocieses también tú, por lo menos en este día que se ha dado para ti, lo que puede atraerte la paz ó felicidad!» Mira qué celo tan compasivo muestra el divino Salvador en esta ocasión. Da una mirada á la ciudad de Jerusalén; la contempla rebosando de prosperidad y alegría en la apariencia exterior pero llena de culpas y pecados en lo interior ella; cree que su prosperidad había de ser muy duradera, pero Él ve que dentro de poco tiempo ha de ser assolada por sus enemigos, y, sobre todo, observa la dureza obstinación y malicia de sus habitantes; y todo esto le mueve á derramar lágrimas abundantes de sus divinos ojos. ¡Gravisima ha de ser la causa que provoque á lágrimas al mismo Dios! No lloraba Jesús por la ruina de los edificios materiales que habían de caer bajo la piqueta de los conquistadores, ni aun por la muerte temporal de los ciudadanos; lloraba por la muerte espiritual de tantas almas que habían de caer en las garras del demonio, á causa de su obstinada rebeldía, en no querer conocer lo que debían hacer para obtener una paz completa. ¡Cuán espantosamente grave es el estado de un alma obstinada! ¡Hace llorar á Dios! Pondera cuál es el origen de la obstinación y endurecimiento del alma, y verás que no es otro que el olvido é ignorancia de las cosas que causan la verdadera y sólida paz, y de los terribles castigos que vendrán sobre los pecadores en la otra vida. Si el pecador meditase despacio la furia de los enemigos infernales, cuando le cerquen estrechamente, le asedien con furor, le arrojen en el suelo con rabia y se ensañen de mil maneras contra él, sin duda abriría los ojos, y se aprovecharía de la gracia del Señor cuando le visite con misericordia. ¿Hemos sido nosotros alguna vez la causa de que Jesús derramase lágrimas? ¿Conocemos las cosas que son para nuestra paz? ¿Meditamos las penas de que nos haremos reos, si despreciamos la misericordia divina?

Punto 2.º Considera en este punto cómo el celo de Jesús, no sólo era compasivo con los pecadores, sino también ardiente, enérgico y fuerte para defender la gloria de su Padre, como lo demostró en esta ocasión. Porque entrando en la ciudad, luego se dirigió al templo, y al ver las profanaciones que en él se co-

metían, empezó á arrojar á todos los compradores y vendedores, diciendo: «Mi casa es casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones». Jesús entra en Jerusalén, y luego se dirige al templo, no á los paseos y á las plazas, ni á lugares de diversión ó entretenimientos mundanos, en donde estaría reunido el pueblo, enseñándote lo que debes tú hacer. Viendo la profanación del templo, se arma de su celo, y con imperio, y tal vez con azotes, arroja de él á los profanadores. Contra otros pecados peleaba Jesús con doctrina, exhortación, ó, á lo más, con amenazas; sólo para combatir éste se valió también de obras, mostrando que los que lo cometen, aun en este mundo son merecedores de tales castigos, pues que de hijos de Dios se convierten voluntariamente en esclavos del demonio. ¡Y cuántos son en estos calamitosos tiempos los que profanan la casa de Dios! Unos se presentan de un modo irreverente, asistiendo á los divinos oficios sin piedad, respeto ni atención, hablando libremente con daño de su alma y escándalo de los demás; otros pasan más allá, y se atreven á ir al templo para pecar, y con miradas, deseos, signos y de otros modos criminales, ultrajan á Dios en su propia casa; algunos ministros del Señor y dependientes del santuario buscan en él exclusivamente su interés, ambición, vanagloria ó medro personal, no teniendo cuenta con el bien de las almas, y convirtiendo la casa de Dios en cueva de ladrones. ¿Nos remuerde la conciencia de alguno de estos defectos? ¿Deseamos imitar el celo de Jesús? ¡Oh dulcísimo Redentor! Mostrad conmigo vuestro ardiente y encendido celo; mi cuerpo es templo del Espíritu Santo; purificadlo con cuidado hasta que quede limpio de pecados, libre de pasiones desordenadas, y del todo rendido al espíritu; purificad también mi alma, para cuando gustéis morar en ella para siempre.

Epílogo y coloquios. ¡Qué caracteres tan diversos y excelentes presenta el celo de Jesús en el Evangelio de hoy! Compasión y severidad: ya es un Jeremías, que llora sobre la desolación de Jerusalén y las desgracias de su pueblo; ya un Elías, que con imperio y fuego santo embiste á los profanadores del templo, y les hace sentir el peso de su justa indignación. ¡Oh, si supiéramos copiar este divino y perfectísimo modelo! Por desgracia, guiado nuestro celo quizás más por la pasión que por el verdadero amor á Dios y á los prójimos, es severo cuando debiera ser blando, y es todo compasión cuando habría de ser todo rigor. Jesús sube á Jerusalén, y al ver la ciudad, llora sobre ella, recordando los pavorosos trabajos que han de llover sobre ella y sobre sus habitantes en este y en el otro mundo. ¡Oh portento inaudito! ¡Dios llorando! ¡Y llorando las desgracias de los hombres! ¡Y éstos riéndose y alegrándose al tiempo mismo que Dios llora por ellos! ¿Quién es capaz de sondear este abismo? Mas en el templo Jesús trueca en ardiente celo su compa-

sión y ternura, y arroja con imperio á todos los profanadores. Tal vez nosotros nos hemos hecho dignos de ser arrojados del santo templo por el Señor. ¿No lo hemos profanado con nuestras miradas, deseos y otras culpas? ¿No hemos ido á buscar en él el lucro temporal más que la gloria de Dios? ¿Qué haremos en lo sucesivo? ¿Imitaremos en nuestro celo los caracteres del de Jesús? Resolvamos firmemente lo que nos convenga, y pidamos con fervor y confianza todo cuanto necesitemos para nosotros y para nuestros prójimos.

DOMINICA X DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Un fariseo y un publicano subieron al templo á orar: aquél era orgulloso, y su oración fué reprobada; éste era humilde, y fué justificado.—(Luc., xviii, 9-14.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á estos dos hombres en su oración.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar la oración del publicano.

Punto 1.º Dos hombres subieron al templo á orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. Considera cómo en estos dos hombres se representan dos suertes de cristianos que asisten á los templos, reciben los Sacramentos y piden á Dios sus gracias. El mundo hace diferencia entre ellos, honrando á unos por ser ricos, nobles, sabios ó de otra manera distinguidos, y menospreciando á otros como á pobres, viles, ignorantes y faltos de cualidades señaladas. Dios, empero, como no juzga por las apariencias, sino que penetra el corazón, los mira á todos como á pecadores, y si á alguno prefiere, es al que reconoce sus miserias y pecados y se humilla delante de Él. Ni el estado que tienes, aunque sea el más perfecto; ni el lugar en que te hallas, aunque sea el más santo; ni las ocupaciones á que te entregas, aunque sean las más divinas, podrán justificarte por sí solas delante de Dios, el cual, en su estimación, tal vez preferirá á otros menos favorecidos que tú, porque los verá más humildes. Pondera y compara entre sí las oraciones del fariseo y del publicano. El fariseo, puesto en pie en el primer lugar del templo, hacía la oración consigo mismo, diciendo: «Dios, gracias te doy, porque no soy, como los demás hombres, que son ladrones, adúlteros..., ni como ese publicano». ¡Qué orgullo! ¡Qué menosprecio de los demás! ¡Qué juicio de sí mismo! Bien se deja ver que su oración era consigo, no con Dios; si él hubiese recordado la presencia del Dios de la Majestad, no se hubiera atrevido á hablar de un modo tan insolente. El publicano, por el contrario, sin atreverse á levantar los ojos á Dios, á quien mira presente, avergonzado y confuso de sus pecados, hiere su pecho, diciendo: «Dios, sédme propicio, que soy pecador». ¡Qué humildad! ¡Qué conocimiento propio! ¡Qué disposición tan poderosa para atraer las divinas misericordias! ¿Cómo hacemos nosotros nuestra oración? ¡Oh humilísimo Jesús! Concededme

que la oración que yo haga se modele por la de este publicano, y que, conociendo mis culpas, me confunda de ellas y os pida misericordia, de modo que la alcance.

Punto 2.º En este punto has de considerar la sentencia que dió Jesucristo á estos dos hombres. El fariseo, orgulloso, hinchado y despreciador de su compañero, fué reprobado; y el publicano, humilde, vergonzoso y conocedor de su miseria, fué justificado. ¡Cuán distintos son los juicios de Dios de los juicios del mundo! Éste habría ensalzado y glorificado al fariseo, y reprobado y desechado con ignominia al publicano; pero Jesús, rectísimo Juez, da una sentencia contraria. ¡Cuánta es la eficacia de la humildad para ensalzar al hombre, y el poder de la soberbia para humillarlo! Con razón el Señor terminó esta parábola con una memorable sentencia: « Quien se ensalza, será humillado; quien se humilla, será ensalzado ». La soberbia es el camino seguro y cierto para llegar á la confusión é ignorancia; y cualquiera que de cualquier modo y en cualquiera cosa se ensalce, será humillado en el otro mundo, sin duda ninguna, y probablemente en esta misma vida. ¡Ay de ti, si te ensalzas con soberbia! Aunque estés rico de virtudes y otras gracias, serás reprobado como el fariseo. Mas si tú no buscas la exaltación, y Dios, á pesar tuyo, te pone en lugar elevado, no se habrá dado contra ti la sentencia, porque Jesús no dice el que es ensalzado, sino « el que se ensalza, será humillado ». Reflexiona, por fin, acerca de la segunda parte de la sentencia: « Quien se humille, será ensalzado ». No lo dudes: si te humillas delante de Dios, conociendo y confesando tu nada y dándole la gloria de todo; delante de los superiores, obedeciendo con perfección; delante de los iguales, tratándolos con respeto, como si fuesen mayores, y delante de los inferiores, oyéndolos con benignidad, cediendo con facilidad á sus razones y obsequiándolos con amor, serás ensalzado ya en este mundo de algún modo, pero en el otro con perfección. ¿Qué dices á todo esto? ¿Deseas la verdadera exaltación? ¿Cómo la procuras? ¡Oh Dios mío! No quiero ahora la gloria que ha de convertirse en eterna confusión, ni la elevación que ha de cambiarse en profundo abatimiento; haced que busque la humildad verdadera, no para ser después ensalzado, sino para que Vos seáis en mí glorificado.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán diferentes son los juicios divinos de los del mundo! Dos hombres suben al templo á orar: el uno fariseo, tenido por exacto y fiel observador de la ley de Moisés, y el otro publicano, reputado como infame y pecador por los judíos. Ambos entran en el templo, hacen su oración, y, después de terminada, vuélvense á su casa. Pero ¡qué diferencia! Los dos entraron en la casa de Dios siendo pecadores; y, al salir, el fariseo continúa más pecador que antes, y el publicano está justificado. ¿De dónde nace esta diferencia tan espantosa? ¡Ah! La

falsa oración del fariseo es inspirada por la soberbia, y la verdadera del publicano se funda en la humildad y conocimiento propio. ¡Oh poder de la virtud de la humildad, que á tal altura levanta al que con ella se abraza! ¡Oh temible eficacia de la soberbia, que hunde en el abismo de la vileza y del desprecio al que la admite en su corazón! ¡Deseamos nosotros ser ensalzados en el otro mundo delante de Dios y de sus ángeles? Huyamos de la soberbia, y busquemos con un santo afán la humildad. No temamos el descender voluntariamente; porque, cuanto más bajemos ahora, más subiremos después. Al efecto, formemos las resoluciones prácticas que nos convengan, y roguemos con fervor la gracia necesaria para cumplirlas y el remedio de todas las demás necesidades.

DOMINICA XI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Presentaron á Jesús un sordo-mudo, al cual curó, usando de misteriosas ceremonias: las turbas, admiradas, publicaron el milagro, ensalzando con gloriosas alabanzas á Jesús.—(Marc., vii, 31-37.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús sanando al sordo-mudo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de conocer los bienes que Jesús nos hace, y glorificarle por ellos.

Punto 1.º Saliendo Jesús de los límites de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea. Presentáronle un sordo-mudo, rogándole que impusiera sobre él sus divinas manos. Considera aquí, por una parte, el celo encendido que por la gloria de Dios y bien de las almas devoraba al Salvador del mundo. Viajes largos é incómodos, caminos impracticables, cansancios, calores: todo lo tolera con gusto, para obtener el fin de su venida á este mundo, confundiendo nuestra desidia y pereza para servirle, é inconstancia en trabajar en el bien de los prójimos. Mira, por otra parte, la caridad de aquellos hombres que presentaron al Señor al sordo-mudo, suplicándole que le sanase. Ningún interés personal; sólo el amor y la compasión pudo moverles á hacer tal acto de caridad, y á no contentarse con presentar á Jesús al enfermo, sino á rogarle por él, imitando al santo Job, que era pies para el cojo, vista para el ciego, lengua para el mudo, remediando con generosidad tales miserias. En la persona del enfermo y en el modo cómo le cura el Señor, puedes ponderar la miseria del sordo-mudo espiritual, esto es, de aquellos que ni quieren oír la divina palabra, ni las correcciones de los hombres, y están mudos para orar, confesar la fe, manifestar sus culpas cuando conviene, teniendo muy suelta la lengua para todo lo que es vanidad, murmuración y conversaciones mundanas. ¡Cuán difícil es la curación de los tales! Si Jesús, al remediar al sordo-mudo corporal, adoptó tantos y tan sorprendentes medios, cuales

fueron apartarle de la turba, introducir sus dedos en los oídos de él, tocar su lengua, gemir, orar y mandar que se abriesen aquellos sentidos, á fin de denotar lo difícil que es el remedio de tales enfermos, ¿qué será necesario para curar á los sordos en el espíritu? ¿Podemos ser nosotros contados en tan desgraciado número?

Punto 2.º Considera aquí la omnipotencia de Jesús en la curación del sordo-mudo, y el efecto maravilloso que este milagro produjo en las turbas que lo presenciaron. Al instante que el Salvador dijo con imperio: *Efeta, ábrete*, abriéronse los oídos del sordo-mudo y soltóse su lengua, y comenzó á hablar rectamente y á oír á los que le hablaban. ¡Oh! ¡Cuán poderosa es la palabra de Jesús! Los mismos sordos la oyen. ¿Será posible que tú seas más duro de oídos que los mismos sordos, no oyendo lo que ellos oyen? El sordo-mudo, que nunca había articulado una palabra, ni había oído á otros que hablasen, habla en un instante rectamente. ¡Oh prodigio! ¿Quién le enseñó el lenguaje en que se expresaba? ¿Quién las palabras que usaba? ¡Oh! ¡Cuán poderoso es el Señor para obrar todo lo que quiere en el cielo, en la tierra y en los mismos abismos! Pondera luego el maravilloso efecto que produjo en las turbas la vista de un milagro tan extraordinario. Admiráronse grandemente, y comenzaron á publicar lo á grandes voces, diciendo: «Bien hizo todas las cosas, dando oído á los sordos y habla á los mudos». Y, aunque Jesús les prohibía el publicar sus milagros, aquellas gentes los predicaban con más entusiasmo. Fíjate bien en estas palabras, que el Espíritu Santo puso en los labios de esta gente: «Bien ha hecho todas las cosas». Jesús todo lo hace bien, ya te regale, ya te castigue; ora te consuele en la oración, ora te rodee de obscuridad: todo lo hace bien, porque en todas sus obras se propone la gloria de su Padre y el bien de los hombres: todo lo hace bien, por más que se queje el mundo, blasfeme la impiedad y se disguste la carne. ¡Oh! Si de mí se pudiese decir que he hecho bien todas las cosas; posible será que en el día del juicio me encuentre burlado, viendo que aun las obras que más justas y santas me parecieran, son delante de Dios como un trapo inmundo. ¿Qué dice á esto tu corazón? ¿Oyes la voz del Señor cuando te habla? ¿Eres mudo para hablar con Dios ó de Dios? ¡Oh Jesús poderoso! Si por Vos los sordos oyen y los mudos hablan, ejercitad conmigo ese poder, á fin de que, suelta mi lengua, cante vuestras misericordias y ensalce vuestras grandezas de modo que os agrade.

Epilogo y coloquios. ¡Qué celo tan infatigable y constante es el celo de Jesucristo! Viajes largos y pesados, fatigas durisimas, sufrimientos de toda clase; á todo se expone para salvar las almas. Á ningún afligido priva de su consuelo, á ningún pecador niega el perdón, á ningún enfermo rehusa dar la salud. ¿Por qué no imitamos nosotros este tan edificante celo? Presen-

tan á Jesús un sordo-mudo, y, compadecido de su lastimoso estado, usa de toda su omnipotencia, y le da la salud. Es verdad que quiere que precedan á esta curación algunas ceremonias que en otros casos no usaba; mas esto hace, no por necesidad, sino para manifestar la grande dificultad que ofrece la curación de un sordo-mudo en el espíritu; el cual se ve privado de aquellos sentidos por los cuales entran las verdades en el entendimiento. Sin embargo, al mandar imperiosamente que se abran los sentidos del enfermo, éste comienza á oír y á hablar rectamente. ¡Oh poder infinito del Señor! ¡Cuán digno sois de toda alabanza! Muy justo es que os engrandezcan las turbas que han presenciado el milagro; pero más justo sería que nosotros fuésemos agradecidos, habiendo recibido la misma curación. ¿En qué cosas podemos y debemos mostrar nuestro agradecimiento? ¿Celamos por su gloria? ¿Oímos su divina voz? ¿Le hablamos con confianza en la oración? Corrijamos lo que nos sea necesario en nuestra conducta, por medio de propósitos eficaces, orando con fervor por nosotros y por nuestros prójimos.

DOMINICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Preguntado Jesús por un doctor de la ley qué debía hacer para alcanzar la vida eterna, le contestó que debía amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo, y por medio de una parábola le declaró quién es el prójimo.—(Luc., x, 23-37.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús hablando con este escriba.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de amar á Dios y al prójimo con amor intenso.

Punto 1.º Considera cómo un doctor de la ley se acercó á Jesús y le dijo: «Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?» Esta pregunta debieran repetir frecuentemente los hombres; pero los más, olvidados de la vida eterna, sólo se preocupan por la vida temporal; y así, suelen decirse: ¿Qué haré para pasar la vida felizmente? ¿para obtener este destino? ¿para sostener con decencia mi casa? ¿para alcanzar estos aplausos? Y apenas hay uno que piense en su vida eterna: «Todos se han apartado del verdadero y recto camino, dice David, y se han hecho inútiles; no hay uno que obre el bien, ni siquiera uno». Mas esta pregunta sólo debe hacerse á Cristo y á los que le siguen; porque los que no están con Él, ó ignoran del todo lo que es la vida eterna, ó yerran miserablemente acerca de ella y acerca del camino que á la misma conduce. No hay nombre alguno sobre la tierra que pueda salvarnos, si no es el nombre de Jesús. Para el mundo, el camino de la vida está en la satisfacción del amor propio; para la carne, en el desenfreno y hartura de las pasiones; el orgulloso, el avariento, el perezoso, todos trazan también su camino; pero estos caminos, lejos de conducir á la vida, precipitan al alma á la muerte eterna. Sólo Jesús nos puede mostrar, sin duda

ni temor, el mejor y más seguro camino para la eterna vida, que es la observancia de la ley, amando á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos. Pondera cómo esta pregunta puede dirigirse á Jesús por varios motivos. Unos, como el fariseo, preguntan, no para saber, sino para tener ocasión de tentar. Tales son los hipócritas orgullosos, que siempre hallan algo que censurar en los sermones y demás enseñanzas que oyen; otros preguntan por sola curiosidad, sin ánimo de aprovecharse, y otros la hacen con recta intención. ¿Hacemos nosotros también esta pregunta? ¿Nos preocupa el negocio de la vida eterna? ¿Con qué intención deseamos saber? ¡Oh Maestro mío! No quiero tentaros yo como el escriba; pero decidme lo que he de hacer para llegar á la vida, y dadme gracia para cumplirlo, á fin de que seáis en mí glorificado y yo con Vos bienaventurado.

Punto 2.º En este punto has de considerar cómo habiendo el mismo doctor de la ley preguntado quién era su prójimo, contestóle el Señor con una sencilla parábola, ya para reprimir el orgullo de él, ya también para manifestar su infinita prudencia y sagacidad, obligándole á confesar que el verdadero prójimo y amigo de los hombres era Aquél á quien quería tentar. Un hombre descendía de Jerusalén á Jericó; propio es de los hombres flacos é inconstantes el descender; comienzan con fervor, y luego aflojan en el espíritu; los justos y fervorosos trazan subidas; los pecadores é imperfectos siempre van bajando, porque se dirigen á Jericó, esto es, á los bienes terrenos y mudables que buscan con afán, conservan con tenacidad, y, si los pierden, es con dolor y pena. Aquel miserable hombre cayó en manos de unos ladrones que, después de robarle cuanto tenía, le hirieron, dejándole medio muerto. Esto hacen los demonios con aquellos desgraciados que caen en sus manos. ¿Has sido tú víctima de sus emboscadas? ¿Has sido preso en sus lazos? Pasaron por el lugar en donde estaba el herido un sacerdote y un levita, y no le socorrieron; pasó después un samaritano, que, compadecido de aquella desgracia, se acercó al herido, atóle las heridas, curólas con caridad, y llevó al enfermo al mesón, para que allí acabase de mejorar. ¡Qué crueldad, qué entrañas tan duras para con el herido manifiestan el sacerdote y el levita!, y ¡qué compasión y misericordia muestra el samaritano! ¿Á quién hemos nosotros imitado? En los primeros se representa la ley antigua, que no pudo sanar al género humano; en el segundo, la nueva, que le proporciona salud perfecta: en los primeros, á los hombres ricos de bienes temporales y pobres de virtud; en el segundo, á los hombres virtuosos, que, sin tener nada, remedian la necesidad ajena: en aquéllos, á los mundanos, que por pensar en sí se olvidan de su prójimo; en éste, á Jesucristo, que se olvida de sí para ayudarnos á nosotros. ¡Oh divino Samaritano! Salid al encuentro de tantos heridos como hay por el camino de

este mundo; yo soy uno de ellos, quizá el más miserable; acercaos á mí, y miradme con misericordia; atad mis heridas, para que cese la corriente de mis pecados; cuidad de mí con amor hasta que alcance salud perfecta en este mundo, y en el otro la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡En qué errores tan lamentables caen los mortales! Es innato en ellos el deseo de saber; pero yerran miserablemente, ó porque pretenden saber lo que no les conviene, ó porque en sus inquisiciones no se proponen un fin recto, ó porque no preguntan á quien podría ilustrarlos de veras. Debieran preocuparse por la vida eterna, y sólo les ocupa el pensamiento de lo temporal; habrían de preguntar para saber la verdad, y preguntan para alimentar la vanidad; convendría que acudiesen á Jesús, que es la misma verdad, y acuden á sus enemigos. ¡Ah! Los verdaderos amigos y los que con toda propiedad merecen el nombre de prójimos, no se conocen ni por el vestido ni por las letras, ni por la pompa exterior que ostentan, ni aun por los cargos que desempeñan. Las obras inspiradas por una verdadera caridad son la piedra de toque con que son conocidos. En la parábola del Salvador, ni el sacerdote ni el levita pudieron llamarse propiamente prójimos; sólo el samaritano mereció este nombre y se hizo digno de ser presentado por modelo de piedad y ternura. Examinemos si nosotros le imitamos, ejercitando la caridad con nuestros hermanos. Y si algo debemos corregir acerca de este punto, hagamos eficaces propósitos para esto y pidamos la gracia de cumplirlos, rogando por las demás obligaciones.

DOMINICA XIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Salieron al encuentro de Jesús diez leprosos, pidiéndole misericordia; Jesús les mandó ir á los sacerdotes, y al ir quedaron sanos; sólo uno de ellos, que era samaritano, volvió á dar las gracias á Jesús.—(Luc., xvii, 11-19.)

PRELUDIO 2.º Representate este suceso: á los leprosos en actitud suplicante; á Jesús ordenándoles el ir á los sacerdotes, y al samaritano curado postrado á los pies de Cristo.

PRELUDIO 3.º Pide sentimientos de gratitud por los beneficios que el Señor te ha hecho.

Punto 1.º Atravesaba Jesús la Samaria, dirigiéndose de la Galilea á Jerusalén, y llegando cerca de una aldea, salieron á su encuentro diez leprosos, y desde lejos le dijeron: «Jesús, Maestro, compadécete de nosotros». Considera aquí el deseo encendidísimo que tenía Jesús de hacer bien á los hombres; para lo cual no dejaba pasar ninguna ocasión que se le ofreciese. En sus viajes y cansancios, olvidase de sus propias fatigas, y sólo se acuerda de socorrer á los necesitados, como lo vemos en estos diez leprosos. Así nos enseña que obremos el bien mientras pasamos por este mundo y nos dirigimos á la Jerusalén del cielo. Los